

## Médicos y medicina popular en el país vasco

Conferencia leída (17 septiembre 1935) en el Coliseo Albia, de Bilbao, a la Hermandad de San Cosme y San Damián. Posteriormente la pronunció el Autor en Madrid, San Sebastián y Tolosa; y finalmente, vertida en francés, la leyó (19 agosto 1955) en el curso de verano organizado en Ustaritz (Laburdi) por la Universidad de Toulouse. Dedicada al Dr. Marañón, vio la luz esta versión en la revista "Gure Herria" (1961).

Al estamparla hoy en castellano, nos hemos creído autorizados, y aún obligados, a introducir, ya en el texto, ya en notas, unas cuantas adiciones con que el Autor fue ilustrando la primitiva redacción; y asimismo a suprimir algunas fórmulas medicinales supersticiosas íntegramente contenidas en la conferencia del mismo, aparecida en las páginas de esta revista (núm. 10, 1972): *Oraciones, prácticas religiosas y medicinales populares..*

P. JORGE DE RIEZU  
conservador del ARCHIVO P. DONOSTIA  
21 - mayo - 1974

Accediendo al deseo de los organizadores de este acto, voy a dirigiros la palabra durante unos momentos. Y no para tratar de cuestiones trascendentales, sino sencillas, que sirvan de anuncio de lo que luego va a venir y constituye el «clou» de la fiesta. Me refiero al programa musical.

A la hora de escoger el tema, pensé que a vosotros, médicos que os agrupáis bajo la advocación de San Cosme y San Damián, os habían de interesar algunas notas referentes a medicina popular, que llevo recogidas en mis correrías folklóricas. Muchos de vosotros tenéis noticia de fórmulas iguales o parecidas a las que os voy a leer esta noche, oídas quizá cuando prestabais servicio en alguna pequeña aldea. Las desconocerán, en cambio, los que os acompañan y dan a esta sala el aspecto brillante que presenta.

\* \* \*

En no pocas canciones de asunto amoroso que el folklorista anota en sus cuadernos, se alude a una enfermedad y su remedio, a un mal y su médico. El mal es el de amores, el enamoramiento; el médico es el cirujano, el practicante, como hoy diríamos. La alegoría «amor-enfermedad», el recurso poético de comparar el mal de amores a una enfermedad, es un tópico, un como «cliché» obligado en las canciones laburdinas y suletinas y en las de la montaña

navarra, abierta a las auras literarias populares de Laburdi y Zuberoa. No la busquéis, en cambio, en la poesía popular guipuzcoana o vizcaina. Hay en la canción de amor vasco-francesa cierto matiz literario que la distingue de la de aquí.

En el género poético de que hablamos, al mal de amores se le llama *sukar*, *sukarmalina*, *ezkonmina*, es decir, «fiebre», «fiebre maligna» «ansias de casar». Es una fiebre que amenaza gangrenar a la persona, —*gangrenatzeko arrisku*—, fiebre de la peor calidad, que devora el cuerpo y chupa la sangre:

*Sukarrik gaixtoena da amodioa:  
yaten deraut bihotza, edaten odola.*

La peor fiebre, el amor:  
me come el corazón, me bebe la san-  
[gre.]

Es el mal de amores una tristura que se apodera del sujeto:

*Plañü niz bihotzetik,  
gaitza zer düdan extakit,  
tristexia batek hartürrik.*

Duéleme del fondo del corazón,  
cuál sea mi mal, lo ignoro;  
poseído (estoy) de una t r i s t e z a  
[(inexplicable).]

*Enüke axolarik  
baliz erremediorik  
ene gaitza sendo abal lironik.  
Exta mündian barberik,  
bat baizik,  
ene gaitza zertarik den  
ezagützen dianik;  
eta hura berantetsirik,  
baniagozü gaixua tristerik.*

No me preocuparía,  
si hubiera remedio  
capaz de curar mi mal.  
No hay cirujano en el mundo,  
sino solo uno,  
que el origen de mi mal  
conozca;  
y harto de esperarle  
aquí me estoy, triste y pobre de mi.

En una canción muy conocida, muy vulgarizada en todo el país, *Ituren ari nuzu*, se habla del mal de amores, señalando así sus características:

*Ezkon-mina dutala zuk omen diozu:  
nik ez dut ezkon-minik: gezurra dio-  
[zu.]*

Dices que tengo mal de amores (an-  
[sias de casar]):  
No lo tengo: te engañas.

*Ezkon-mina dutenak seinale dirade:  
matel bezurrak seko, koloriak berde.*

Las señales de quienes tal padecen  
[son:  
mandíbulas enjutas, color verdoso.

*Andrea, jan ezazu sagar gezamina...*

Mujer, come manzana agridulce...

Para curar estas enfermedades del alma, que repercuten en el cuerpo, se recurre al practicante, *barbera* que dicen los caseros, el cual cumple sus deberes profesionales, desde luego muy rudimentarios, como declara la siguiente canción:

*Jaun barbera, erradazu,  
othoi, zuk plazer baduzu:  
sendagailurik balin bauzu,  
orai beharretan nauzu:  
eritasun handi batez  
hurran akabatu nuzu.  
— Emanadazu besuia,  
mira dezadan folsuia.  
Sukarrik batere ez duzu;  
fresko daukazu larruia.  
Nondikan sofritzen duzun,  
erranedazu egia.*

Señor médico, decidme,  
por favor, si os place:  
si tenéis algún remedio,  
ahora lo necesito:  
una gran enfermedad  
me tiene a punto de perecer.  
— Dame el brazo,  
para que examine el pulso.  
Fiebre, no tienes;  
la piel está fresca.  
¿Dónde te duele?  
Dime la verdad.

Bajo muy distinta figura alegórica representa a veces la musa popular el mal de amores: la de una serpiente que roe las entrañas del enfermo. Para curar el mal, el poeta sugiere diversos remedios, bien que convencido de la inutilidad de los mismos. Dice así:

*Sugearen ausikiak badu ondorio.  
Hura ezin senda ere daike erreme-  
[diaz,  
mainuak emanik ere dupa bat olioz;  
barek senda baleza, ez laike kario;  
sangratziak ere naski ez balio,  
gaitza emenda lio:  
gorputz guzia sukarr batek har lio.*

La mordedura de serpiente trae con-  
[secuencias.  
No se cura con remedios,  
ni con baños en un tonel de aceite;  
si esto la curara, no sería caro;  
ni sirve el sangrar,  
el mal iría en aumento:  
la fiebre se apoderaría de todo el  
[cuerpo

Bien se echa de ver en los ejemplos aducidos que la musa popular se sirve de este patrimonio común o fondo poético de dos maneras diferentes: ora exhalando en forma un tanto vulgarcita sus quejas, ora encubriendo bajo la alegoría una burla maliciosa o una sátira cruel. En este segundo caso el poeta señala el remedio insinuando que ciertos males (si así cabe llamar las leyes de la naturaleza) se curan a plazo fijo. El encargado de curarlos es, como se ha dicho, el *barbera*. El ha sido —y quizá lo sea aún en algunos lugares—, quien hace las veces de médico, sobre todo en casos no graves. El

médico, tal como hoy lo conocemos, era muy raro en época no lejana. En el Archivo del Ayuntamiento de Baztán he hallado un llamamiento, fechado 17-abril-1838, que dice así:

«Dijeron S, M, que la salud pública se halla expuesta en este valle a falta de *profesores*: pues en todos los pueblos no hay más que cirujanos, sin que haya en todo él un solo médico para asistir a los enfermos; por lo que determinan se pongan carteles solicitando uno, y que su conducción se pague hasta 400 ducados de los expedientes del valle, y lo demás por los pueblos, así como se hace con el Boticario.»

Notemos de paso que el Ayuntamiento baztanés se preocupaba de la salud pública y provisión de médicos y remedios. En dos decisiones suyas, de 1832 y 1833, se habla de la «urjente necesidad» de proveer al valle de sanguijuelas, para que los enfermos sepan a dónde acudir y qué han de pagar por su uso, etc...

El cirujano es el personaje central en este género de canciones; rara vez aparece el *mediku* o *miriku*; y si se le menciona, es para ridiculizarle. Vaya este cuento referente a un médico que pretendía la plaza del pueblo de Ezcurra (Navarra). Había allí un vecino, llamado Yoanes, encargado de examinar a los pretendientes. Llegado el nuevo aspirante, le llevó el examinador junto a una kutxa o arcón y le preguntó «¿Que hay en ahí dentro?» —«¿Yo qué sé?», contestó el médico. —«Si no sabes lo que hay ahí, ¿cómo vas a saber lo que hay dentro del cuerpo?», replicó Yoanes. Y sin más examen, le despidió, dándole por inepto. También sabe la musa popular ridiculizar al cirujano poco habilidoso, que se aventura a hacer una operación y fracasa. Sirva de ejemplo la siguiente poesía vasco-francesa. Trata de un bizco que, por torpeza del *barbera*, quedó tuerto.

|   |                                      |
|---|--------------------------------------|
| <i>Fortuna erori zait burutik behera:</i>   | Me ha caído la suerte de cabeza para |
|   | [abajo:                              |
| <i>zuri baitautzut esker gure jaun Bar-</i> | gracias te doy, se ñ o r practicante |
| <i>[bera</i>                                | <i>[nuestro.</i>                     |
| <i>Harriturik bakotxa niri dago beira,</i>  | Todo el mundo me mira aturdido       |
| <i>bi begiez;</i>                           | con dos ojos;                        |
| <i>Nik guziak ikusten begi bakar batez.</i> | yo veo a todos con un solo ojo.      |
| <i>Lehen biez,</i>                          | Antes con dos,                       |
| <i>orai batez,</i>                          | ahora con uno,                       |
| <i>oro ikusten begi batez.</i>              | todo lo veo con un ojo.              |

*Mundu hau betea da zenbat nahiga-  
[bez;*

*Barberak okertu nau, oklitxe izanez.*

*Lehen banindagoen ardura nigarrez  
bi begiez.*

*Zertako biez egin? Aski daite batez.*

*Lehen biez,*

*orai batez;*

*jaun hari esker, begi batez.*

*Nonbait balinbadira bi bortz libera-  
[ko*

*bietarik ohoinak ez dik bat utziko.*

*Zuburra den gizonak ez beza egin lo*

*bi begiez.*

*Barberak manaturik egiten dut ba-  
[tez:*

*lehen biez,*

*orai batez,*

*zuburren gisa begi batez.*

*Zure ohoratzeko, gure jaun Barbera,*

*lau koplak ez dirade izanen sobera:*

*lehen ikusten nuen Betirisants bera*

*bi begiez;*

*Milesker, jaun Barbera, egundanik  
[batez.*

*Lehen biez,*

*orai batez.*

*Hobe lizate niholaz ez.*

Este mundo está lleno de contrarie-  
[dades;

el cirujano me ha puesto tuerto, sien-  
[do antes bizco.

Antes andaba a menudo llorando  
con dos ojos.

¿A qué hacerlo con dos? Basta con  
[uno.

Antes con dos,

ahora con uno;

gracias al señor ese, con un ojo.

Si acaso aparece por ahí un par de  
[duros,

de los dos el ladrón no te dejará uno.

El hombre avisado se guarde de dor-  
[mir

con dos ojos.

Por orden del practicante lo hago yo  
[con uno:

antes con dos,

ahora con uno,

como los prudentes, con uno.

Para honrarte, se ñ o r practicante  
[nuestro,

no son cuatro coplas demasiado.

Antes veía yo el hambre

con dos ojos.

Muchas gracias, se ñ o r practicante;  
[de hoy más con uno.

Antes con dos,

ahora con uno.

Mejor fuera (no verla) de ninguna  
[manera.

\* \* \*

Estos cirujanos (con los médicos de las grandes poblaciones) eran los oficialmente reconocidos para curar enfermedades. Pero en tiempos más o menos remotos hubo otras personas en quienes se reconocía virtud especial de curar: me refiero a los saludadores. Y los traigo a cuento por haber sido

tanto su prestigio, que Ayuntamientos y otras entidades oficiales los contrataban para curar, para «saludar», como se decía, a personas y animales<sup>1</sup>.

En folklore se da el nombre de *saludador* al séptimo hijo en línea ininterrumpida masculina. Hay pueblos, con todo, en que ese mismo nombre, con la virtud a él aneja, se da también a la séptima hija en línea ininterrumpida femenina. Es creencia popular que el saludador tiene una cruz debajo de la lengua o en el cielo de la boca, y que cura de rabia por la virtud que posee de absorber, sin quemarse, aceite hirviendo, para luego echarlo en la herida o mordedura de perro rabioso. Dice Francisque-Michel que curanderos tales los había principalmente en Guipúzcoa; y que por ser oficio muy lucrativo, fuerza era que en familias de siete hermanos (varones) uno de ellos lo tomara (*Le Pays Basque*, Paris, 1857, pág. 149).

No sabría yo decir si en otras regiones de nuestro país abundaban o no tales curanderos. En Baztán, donde vivo, los saludadores no eran del lugar, sino traídos de fuera. Del 17 de diciembre de 1682 es la siguiente nota, recogida en el Archivo del Ayuntamiento baztanés:

«Itten libraron... a favor de Yuan de Urrutia y Aldecoa, Thesoro... 466 1/2 Rs., por los mismos que se a ofrecido gastar por los Señores Jurados presentes de este valle y por horden suya, en diferentes posadas de los lugares de que se compone, en las comidas que se dieron a Domingo Pesado, quando este presente año vino a saludar las Personas y hazienda deste valle, por haber empezado a cundir la enfermedad del mal de ravia en diferentes ganados...»

Domingo Pesado era, como si dijéramos, *saludador* oficial de Baztán; y no porque allí viviera, sino por estar asalariado a razón de cuatro ducados por año, mas alguna otra cantidad —«moderado salario», dice la decisión del Ayuntamiento—, para cuando fuese preciso llamarle... No poco trabajo debía de tener en Baztán el saludador, puesto que el Ayuntamiento, en Junta celebrada por Navidad de 1682, dice que «suben mucho los gastos, ya que en cada lugar le han hecho y harán detener más tiempo del necesario...» Por esto ordena que cada pueblo contribuya a sufragar los gastos. Mucha fe tenían, sin duda, en tales saludadores o curanderos. Y no se desempeñaría mal nuestro Domingo, puesto que todavía en 1688 hay una partida que dice: «66 Rs. al saludador Domingo Pesado por su viaje que ha echo a este valle».

1 "Saludar" se toma también en sentido ortodoxo, puesto que en canciones y preces que he recogido, hablando del pan bendito, se dice *apezak salutatue*, bendecido por el sacerdote. Aceptación que no hallo en los Diccionarios de Azkue y Lhande.

A veces confesaban los saludadores ser superchería cuanto hacían. De uno de ellos cuenta Gaspar de los Reyes en su *Campo Elysio* —y lo trae Feijoo—, que estando en prisión «instaba con importunos ruegos al Carcelero sobre que le dejase salir un día de fiesta a saludar y bendecir a la gente que concurría, ofreciendo partir con él el dinero que había de sacar». Al fin confesó el embuste y dijo que así le iba lindamente, «porque con soplar los días de fiesta gano lo que he menester para holgar, comer y beber toda la semana». (Feijoo, *Teatro Crítico*, T. III, Discurso Primero [Nueva edición, Pamplona, 1784, pág. 10]. Viene asimismo en *Del Folklore Asturiano*, de Aurelio de Llano Roza de Ampudia, Madrid, 1922, pág. 127).

Ni la tradición, ni las prohibiciones eclesiásticas, ni los acuerdos concejiles nos dicen todas las características de los saludadores. Según el Diccionario de Ciencias Ocultas de Migne, tenían en el cuerpo una señal en forma de media rueda. Estos embaucadores decían descender de Santa Catalina, a quien, como es sabido, se representa en la iconografía religiosa con una rueda, instrumento del martirio. El mismo Diccionario dice en otro lugar que en tiempos pasados hubo hombres en España de constitución o temperamento superior, a los que llamaban *saludadores*, *santiguadores*, *ensalmadores*, *hombres incombustibles*, dotados de virtud no sólo de curar con su saliva toda clase de enfermedades, sino también de manejar impunemente el fuego. Podían tragar aceite hirviendo, caminar sobre carbones encendidos, pasearse tranquilamente sobre hogueras en llamas. (L'Abbé Migne, *Dictionnaire des Sciences Occultes*, 2 vols.: I, 1846, *Incombustibles*, col. 877; II, 1852, *Salutadores*, col. 477) <sup>2</sup>.

Acerca de la rueda de Santa Catalina dice Gaspar Navarro en su libro *Tribunal de Superstición Ladina* (Huesca, 1631) que «estos saludadores... para encobrir la maldad, fingen ellos son familiares de Santa Catalina o de Santa Quiteria y que de estas Santas han recibido virtud para sanar de rabia... y saludan con saliva y aliento no solo a los enfermos, mas también a los sanos; y saludan el pan y lo mandan guardar por reliquia».

De los saludadores se afirma en unas notas amablemente cedidas por el *Archivo de Etnografía* de Cataluña que «saludan la sal; pueden detener en

2 Al leer u oír la maravillosa virtud de caminar entre llamas y sobre ascuas sin quemarse, atribuida a los curanderos, queda uno atónito, no sabiendo qué admirar más, si el hecho en sí, o la fantasía del escritor. Hay, con todo, regiones no sólo en India, sino en España, donde el caminar sobre ascuas sin quemarse es una realidad. Lo hacen en la noche de San Juan los muchachos de San Pedro Manrique, en Castilla la Vieja. Y no sólo ellos, también una madre que tenía un hijito gravemente enfermo, una muchacha de familia hidalga sanpedrana. Más frecuente es el paso de la hoguera por los niños. Terminada tan arriesgada práctica, se inicia en el citado pueblo el baile de mozos y mozas hasta la mañanita de San Juan. (Revista de Dialectología y Tradiciones Populares. Madrid, año 1947, pp. 78-85: *El Portento de caminar sobre el fuego*, por Pedro CHICO Y RELLO.)

seco un caballo desbocado, y el caballo se arrodilla ante él; apagan de un soplo un horno encendido, etc...».

¿Serían de origen español los tales, como insinúan ciertos libros? Theófilo Braga, portugués, asegura que los saludadores son un tipo común a toda la península. Su oficio estaba prohibido por las ordenaciones manuelinas (*O Povo Portuguez nos seus Costumes, Creenças e Tradições*, Lisboa, 1885; 2 vols.: la cita en II, pág. 187).

Si en el País Vasco hubo personas dedicadas al lucrativo oficio de saludadores, parece ser que al menos los especialistas, los ases que diríamos, no eran de aquí. D. Eduardo de Escarzaga, Rector que fue del Seminario de Vitoria, declara no haber hallado dato alguno de saludadores que habitaran en Gordejuela (Vizcaya). El Concejo municipal de aquellos tiempos (1548) velaba sin duda por que en el pueblo no se introdujesen saludadores, brujos, hechiceros, etc. En la visita eclesiástica de 1550 se dictó la siguiente prohibición: «Por quanto los saludadores y conjuradores alquilados, comúnmente son personas sospechosas y vanas y de mal exemplo, por ende mandó el Señor Visitador a los vecinos del pueblo, ni alquilen, ni tengan saludadores, ni conjuradores, ni otros hechizeros ni adivinos, enxarmadores, ni personas que cortan la letra ni curan la rosa, ni vanas supersticiones, ni echen nóminas o otras cosas vanas reprobadas de derecho debino y humano». Ello no obstante, la superstición de traerlos y emplearlos perduraba en Gordejuela en el siglo XVIII, «pues todavía en 22 de junio de 1740 el Concejo admitía por saludador del valle a Valetín Gutiérrez, natural de Torrelovatón (Valladolid), habitante en el pueblo de Llanteno, por el sueldo de dos cuartos de vellón al año por vecino». (*Descripción Histórica del valle de Gordejuela*, Bilbao, 1919, pág. 93.)

Análoga prohibición leemos en las *Constituciones Synodales del Obispado de Pamplona*, ordenadas por D. Bernardo de Rojas y Sandoual, su Obispo. Es notable la disposición que traslado:

«Por experiencia vemos, que hazen gran daño a la República Christiana los ensalmadores, saludadores, y benedizores, por que communmente los que vsan semejantes abusos, quieren applicar sus falsas palabras por vía de medicina, que ni son ciertas, ni aprobadas, según nuestra sancta Fee Cathólica. Y por que (en quanto pudiéremos) deseamos extirpar de nuestro Obispado semejantes cosas, S.S.A. estatuyamos, y mandamos, que ninguna persona, sin licencia nuestra, y aprobación, o de nuestro Vicario general, vse de semejantes palabras, y ensalmas: y nuestro Vicario general, ni official, no permitan en nuestro Obispado saludadores, o benedizores no aprobados, ni nóminas: y

mandamos los castiguen con todo rigor, conforme a su delicto». (Pamplona, 1541, fol. 138 verso.)<sup>3</sup>

No sólo en el de Pamplona, también en otros Obisposados se requería licencia y aprobación eclesiástica para ejercer este oficio de curandería, como nos lo declara el arriba citado P. Feijoo: «los Saludadores por lo común son examinados, o por los Señores Obispos, o por el Santo Tribunal» (l.c., pág. 8).

¿Qué palabras, qué fórmulas eran las aprobadas? Lo ignoramos. Las que hemos recogido de curanderos populares dedicados a semejantes menesteres nos parecen poco ortodoxas, no porque contengan conceptos teológicamente heréticos, sino porque la virtud curativa va en ellas aneja a determinada práctica o rito, a cierto número de veces que se ha de recitar la fórmula medicinal, y todo ello en tales y cuales circunstancias.

No obstante prohibiciones eclesiásticas y acuerdos concejiles, las supersticiones y los embaucamientos perduran mucho tiempo. En 1865 escribía Gorosabel sobre el procedimiento seguido por los saludadores para curar mordeduras de perro rabioso: «Todo el misterio de estos empíricos curanderos se reduce a hacer una cisura en la parte que ha sido mordida por el perro rabioso, y chupan en ella todo cuanto pueden la sangre inficionada del veneno. Al propio tiempo, para dar a este acto cierto aire de religiosidad, invocan con una cruz a la Santísima Trinidad, así que a varios santos y santas, concluyendo con dar tres soplos». (*Pablo Gorosabel, Noticia de las Cosas Memorables de Guipúzcoa*, Tolosa, E. López, s. f., seis vols.; I, página 359 ss.)

El mismo nos dice que en 1860 hubo en Goyaz de Guipúzcoa un famoso saludador, Antonio de Iraola. Fue llamado a Vizcaya a curar a un hombre mordido de perro rabioso. Hízole la acostumbrada operación, y el enfermo sanó. Había en la misma casa un perro de mala catadura, a quien los familiares del enfermo quisieron tener atado mientras el saludador permanecía en ella; mas éste, fiado de su milagrosa virtud antirrabiosa, se empeñó en que el tal perro estuviera suelto. Andando, pues, nuestro saludador en estos menesteres, mordióle el perro en la cara; y a consecuencia de la herida, moría él a los 46 días. Con lo cual, dice Gorosabel, decayó la fe de aquellas gentes en esta suerte de curanderos. (l.c., pág. 360.)

3 "...nola fu ematea saludadore enbusteroek, ta orreki libratuko dela errabiatik; ta egitea amiñek zenbait zeremonia sekreto edo orazione-itaxura, ta ixilduko dela aurra". ... como el soplar los embusteros saludadores, y que con ello se libraré de la rabia; y el practicar las viejas ciertos ritos secretos o falsas oraciones, y que se calmará el niño. De un sermón *De superstitione*, predicado en 1782 por Joaquín Lizarraga, párroco de Elcano (Navarra). (Sermonario inédito, conservado en el Colegio de Lecároz, p. 40.)

Como el del perro que acabamos de referir, hay otros casos cómicos de saludadores, a quienes no valieron fórmulas cabalísticas ni imprecaciones. Dos voy a aducir. El primero, tomado del P. Feijoo, es una bonita ilustración del conocido refrán: *el miedo guarda la viña*. Cuenta el sabio beneditino de un saludador, a quien llamaron «para que, o curase o matase a una vaca, tocada de rabia. Vino; pero por más que le animaron, no se atrevió a entrar en el corral donde estaba la vaca. Lo más que hizo fue entreabrir un poco la puerta, y desde allí soplar, y más soplar, teniendo gran cuidado de cerrar la puerta siempre que la vaca se encaraba o se quería acercar. Al fin, no aprovechando nada, ni sus soplos, ni sus deprecaciones, se tomó la providencia de matar la vaca de un escopetazo». (*Teatro Crítico*, l.c., p. 9.)

El segundo, que bien podía titularse «el alguacil alguacilado», aparece en las anotaciones que el Dr. Andrés Laguna puso al *Dioscórides* griego, al trasladarlo en lengua castellana. Dice así Laguna: «Hállanse también ciertos saludadores, que prometen de sanar con palabras todas las mordeduras de las serpientes, y de embotar la malignidad de las fieras. Los quales si fuesen de vida exemplar o reluziesse en ellos una mínima centella de pías y religiosas costumbres, creería yo facilmente hauerles sido dada de Dios tal fuerça, contra las humanas enfermedades, qual fue concedida a muchos sanctos varones, de los quales quiso vsar nuestro redentor, como de aptísimos instrumentos, para remedio de nuestros males. Empero como sean la hez del mundo, y todo género de maldad se aposente y albergue en ellos, no puedo en alguna manera dar crédito a sus encantos, ni persuadirme que tengan tanto vigor. Acuérdome que en Salamanca, siendo yo allí pupilo, un día de Sant Iuan, quasi a boca de noche, quando todos ya desamparauan la fiesta, pensando que fuesse acabada, soltaron de improviso un toro muy brauo, hallándome yo a caso en medio de toda la plaça, junto a un saludador patituerto: el qual viendo su peligro y mi miedo, y sacando de flaqueza coraje, me dixo que no temiesse, porque a él le bastaua el ánimo de encantar la fiera, y sacarme a paz y a saluo. Por donde yo assegurado de sus palabras, me puse todavía quatro passos tras él, tomándole por escudo, hasta ver en qué paraua el mysterio: por quanto ya no hauia orden de huyr. Mas el torillo mal encarado, que no se daua nada por palabras ni encantos, porque sin dubda deuia ser Lutherano, enuistió luego con su merced, y le dio dos o tres bueltas bien dadas: y así el desuenturado que pensaua socorrer a los otros, quedó estirado y medio muerto en el corro, aun que a mí me cumplió la promesa: porque mientras él andaua embuelto en los cuernos del toro, me acogí más que de passo, y me puse en cobro: gratias a mis desembultos pies, que dexauan de correr, y bolauan. Así que de allí adelante ninguna fe di a semejantes chocarreros y burladores: dado que en esto y en lo demás, me remito al sano parecer de la Sancta yglesia que los consiente». (*Pedacio*

*Dioscórides Anazarbeo*, acerca de la materia medicinal... traducido de lengua griega en la vulgar castellana e ilustrado... con anotaciones... por el Doctor Andrés de Laguna, Médico de Julio III, Pont. Max. Salamanca, Mathias Gast, 1566, pág. 612).

Vistas de una parte las invectivas del Dr. Andrés de Laguna contra los saludadores, en quienes ve toda clase de maldades, y de otra la sumisión que muestra al parecer de la Iglesia «que los consiente», piensa uno si la tolerancia o aprobación eclesiástica no se reducía a mera constancia de buena vida y costumbres de los saludadores.

Como queda dicho, los Ayuntamientos se oponían al tráfico de tales supercherías. Leemos en Gorosabel que Azpeitia en 1743 y Rentería en 1735 tomaron severas medidas para impedirlo. Renováronse las prohibiciones con ocasión de un caso ocurrido en Anoeta. Una niña fue mordida por un perro rabioso. El saludador, —esta vez era de Albiztur—, cumplió su rito con toda exactitud, pero encargó a los padres llevar la niña a cierta mujer de Hernani, para que le aplicase una piedra *culebrera* especial que poseía. Se hizo todo como lo mandó el curandero; pero sin resultado. La niña murió a los 28 días. Y el mismo día de la muerte informaron al saludador de lo ocurrido, rogándole hiciese desde su casa el ensalmo consabido. Así lo hizo, pero en vano. Aquellas gentes quedaron persuadidas de ser el saludador el causante de la muerte de la niña, mediante la virtud que tenía de Dios para este efecto. (I.c., págs. 361-362).

No han llegado a nosotros las fórmulas que usaban los *benedicidores* para curar la rabia, ni los ritos o ceremonias con que sincera o mentirosamente embaucaban a la gente. Mas quedan aún en boca del pueblo muchas prácticas que, si no las mismas, son hijas o hermanas de las empleadas por los saludadores de antaño. Nada tan divertido para el folklorista como repasar los cuadernos en que ha ido almacenando notas y más notas de creencias populares. El tratamiento de la hernia, por ejemplo, si bien es verdad que llevado a efecto mediante operaciones o uso de bragueros es de resultados más prácticos y definitivos, no tiene, en cambio, la «poesía misteriosa» de los viejos sistemas curativos populares. Me refiero a la hernia infantil. ¿Cómo la curaban, mejor dicho, como dicen que se cura o se curaba esta desgracia infantil? En Lesaca (Navarra), de la siguiente manera. A la medianoche de San Juan se lleva el niño a una determinada arboleda. Hecha en cierto árbol una incisión, levantando la corteza, se pasa el niño por la hendidura. Tres hermanos, o tres que se llamen Juan, han de ser los oficiantes de la ceremonia. Al pasarse la criatura de mano en mano, dicen así:

*To, Juan;*  
*Ekarrak, Juan;*  
*Artzak, Juan.*

Toma, Juan;  
Tráelo, Juan;  
Toma, Juan.

Si el árbol sana del corte, curará el niño.

En Sara (Laburdi) han de ser cuatro, de nombre Juan Bautista, y reunirse en derredor de determinado roble —parece que en Sara hay dos especiales. La fórmula para pasar el niño de mano en mano es la siguiente: *Nik dut, nik dut*, «lo tengo», «lo tengo». No vayáis a creer que esta superstición sea exclusiva del País Vasco. Hablan de ella autores portugueses, franceses, rusos, etc. Pero en ninguna de las variantes he hallado la condición indispensable exigida en Elgorriaga (Navarra). En este pueblo, la víspera de San Juan se practica en un roble joven una hendidura, en la que se introduce una cuña, para que se mantenga abierto de parte a parte. En dando las doce campanadas de medianoche, tres hermanos seguidos pasan el niño tres veces a través de la hendidura, diciendo:

*To, Juan;*

*To, Joxe;*

*To, Pranxisko.*

Toma, Juan;

Toma, José;

Toma, Francisco.

Condición indispensable: que la operación se haga mientras suenan las doce campanadas; de lo contrario, no hay curación. Se cierra después el árbol, tapándolo a la manera usada en los injertos. Si el árbol sana, curará el niño.

He aquí una serie de recetas sencillas y económicas, con que remediar multitud de males frecuentes:

¿Tenéis verrugas? Os basta tomar en la mano tantas piedrecillas como verrugas tengáis y con aquéllas frotar los tales lunares. Envueltas luego las piedrecillas en un papel, las dejáis en una encrucijada. Quien las recoja, se quedará con vuestras verrugas. Os parece demasiado sencillo el procedimiento y deseáis que vuestra curación se revista de un poco de poesía: decid nueve veces de un aliento y mirando al arco iris:

*Ortzadarrak uda edaten:*  
*nere karitxak orain yuaten*

El arco iris bebe el agua:  
ahora se van mis verrugas.

O bien tomad tantas hojas de higuera como verrugas tenga el paciente. Escondedlas, sin que éste se dé cuenta de ello; y, según vayan secándose, las verrugas caerán de por sí. ¿Que no obtenéis resultado? Contad las estrellas del cielo, en gran número; y cuando de fatiga no podáis seguir contando, decid: *Yinkoak kontala*, «las que puede contar Dios». Procedimiento curioso asimismo y sencillo el de poner una corteza de tocino en la hendidura de una tapia. Se le da vuelta de noche durante nueve viernes seguidos. La mujer

que lo ensayó y me lo contaba, me dijo que desapareció el tocino, mas no la verruga.

¡Cuánta variedad de prácticas supersticiosas, por no llamarlas medicinales! La curación del orzuelo es muy sencilla: basta fijar la vista en una botella de aceite; o bien, como dicen en San Juan de Pie del Puerto, signarlo con el anillo de boda de una viuda.

¿Padecéis de reuma —del que se cuentan 24 clases? Para curarlo basta llevar en el bolsillo un ajo; o bien untarse con aceite de lirón. El cual es tan fuerte, dicen, que, echada una gota en la palma de la mano, sale por el envés.

¿Os incomodan neuralgias o dolores de cabeza? Aplicad sobre las sienes alubias partidas, y desaparecerán vuestros males.

¿Os aqueja el dolor de muelas? Llevad en el bolsillo castañas indias, y asunto concluido. O bien, aplicad un sapo vivo en la mejilla correspondiente. Dicen que el efecto es seguro.

¿Se trata de curar un empacho? Poned sapos descuartizados sobre el vientre del enfermo.

Las calenturas se curaban en Beramendi (Navarra) —el 27 de octubre de 1918—, descuartizando un pollo vivo y abriéndolo en dos mitades. Sangrando aún el pollo, aplíqueselo inmediatamente sobre el pecho del enfermo, en la seguridad de que sanará.

¿Cómo curar el panadizo, del que dicen los caseros que hay siete clases? En San Juan de Pie del Puerto, metiendo el dedo en la yema del huevo; o tres veces en agua hirviendo, como dicen en Maya (Navarra).

¿Que vuestros hijos tienen lombrices? He aquí un remedio curioso: tomad ajo, y cortadlo en pedacitos, que ensartaréis en un hilo, distribuyéndolos en tres porciones. Una de éstas, al colgar el hilo por el cuello, ha de quedar de manera que con el movimiento toque la espalda; las otras dos han de caer delante del pecho.

Para el mal de corazón es buen remedio tomar todo sin sal durante un año y un día.

Para la hidropesía, estar 24 horas envuelto en cataplasma de cebollas.

Se cura la epilepsia —sin bromuros ni luminales—, yendo al campo-santo a medianoche y tomando tierra de la sepultura de la última viuda difunta. Se cuece la tierra en agua, que se ha de beber en ayunas durante nueve mañanas seguidas.

Los forúnculos se curan en Baja Navarra mezclando manteca sin salar, sebo de candela, cinco gotas de cera bendita, siete de agua bendita, nueve

palitos de ramos benditos. Cocido todo ello en un puchero, se hace una pomada.

No como medicina, sino para hermohear los ojos o mejorar la vista, me decía mi madre haber oído que era buen remedio frotarlos con el huevo recién puesto de gallina, todavía caliente.

¿Que alguno de vuestros familiares tiene fiebre y no podéis hacerla bajar? Poned debajo de su cama durante 24 horas un sapo en un puchero. Si el sapo se hincha y muere, señal de haberse curado el paciente.

¿Deseáis que algún conocido vuestro que padece enfermedad larga haga «para atrás o para adelante» —como dicen los caseros? Poned en la ventana una moneda de dos suses, para que se impregne de rocío. A la mañana siguiente, besad la moneda y echadla en el cepillo de la iglesia, Haciéndolo, el enfermo o cura pronto, o (¡triste remedio!) muere enseguida.

Contra las enfermedades de nervios es muy recomendable meter un topo en un horno caliente y convertirlo en cenizas; beber éstas en un vaso de agua tibia, que se hizo hervir con un paquete de hilo bruto recién hilado.

Para curar la enfermedad llamada *txingola*, «zona», es necesario que el paciente dé siete vueltas en torno de una mesa, llevando sobre la espalda a una persona que haya padecido la misma enfermedad.

Si tenéis ciática, usad el remedio corriente en Ustaritz (Laburdi), que consiste en atarse en la pierna una cuerda de siete nudos.

\* \* \*

Así podía ir leyéndoos remedios y más remedios caseros, cuyo solo enunciado mueve a risa, y de muy lejana o nula probabilidad terapéutica. Los citados son, como si dijéramos, de medicina menor. Los hay más complicados, que llamaríamos de medicina mayor, por la aparatosidad y las fórmulas de que van revestidos. No entro a exponerlos, por no consentirlo el desarrollo normal del programa.

Termino insistiendo en que estas fórmulas medicinales, todavía existentes en el País Vasco, no son patrimonio exclusivo nuestro. Con más o menos variantes las hallaréis extendidas por Europa. Indudablemente son antiguas, más de lo que nos imaginamos, puesto que decisiones episcopales y conciliares de otros países, anteriores a las conocidas en nuestra tierra, condenan a brujos, hechiceros, saludadores, ensalmadores, etc., de quienes sin género de duda proceden las fórmulas que aún subsisten.

De lo que no hablan ni las canciones ni los curanderos populares es de la música en cuanto remedio terapéutico. Se va a emplear dentro de unos

MÉDICOS Y MEDICINA POPULAR EN EL PAÍS VASCO

instantes, retirándome yo, para que oyendo a los artistas anunciados en el programa, os curéis del mal de aburrimiento que os haya podido causar mi charla.

He dicho.

P. José Antonio de DONOSTIA

